

ALGO NO CONOCIDO DE LA VIDA DEL FUNDADOR DE LA ACADEMIA DE
CIENCIAS

por el

Dr. J. SANTOS FERNANDEZ

(Sesión del 27 de febrero de 1920)

Desde el momento que una personalidad conquista en su país, por sus méritos, el puesto que alcanzó el Dr. Nicolás José Gutiérrez hay que añadir a lo que de él se ha dicho algo más que durante cierto tiempo sólo, suele irse descubriendo, pues pasado aquel período de años, se hace ya imposible, porque han desaparecido sus contemporáneos y conterráneos y queda de él simplemente lo ya consignado en las páginas de la historia.

Dos sucesos de diversa índole me han sugerido estas líneas: el uno está en relación con la dolencia que al fin llevó a la tumba al insigne varón, el otro se refiere al actual estado de prosperidad del país y a la sed de riquezas que ésta engendra. El Dr. D. Nicolás J. Gutierrez próximo a los ochenta años, fué a New York, y se operó de litotricia con el célebre Dr. Gouley, que hasta hace unos dos años vivía retirado en New Jersey, más que octogenario, y entonces me puse al habla con él, por teléfono, para saludarle en nombre de la Academia de Ciencias de La Habana, de que era miembro corresponsal. El Dr. Couley le administró al Dr. Gutierrez para operarle el protóxido de ázoe para no usar el cloroformo a la avanzada edad del ilustre enfermo, que aparecía marcadamente arterio- esclerósico. La operación fué feliz, y sólo algunos años más tarde aparecieron fenómenos vesicales que a su edad terminaron fatalmente. En esta época contaba pocos años, estaba en plena juventud y aún que disfrutaba de perfecto estado de salud, como había sufrido unos años antes, por primera vez de una cistitis, me hice examinar por el Dr. Couley que me dió pronóstico tan favorable

y exacto, que hasta la actualidad, a pesar de los años trascurridos, no había vuelto a sentirme mal, y es esto justamente lo que ha traído el recuerdo del pasado.

El segundo hecho a que hago alusión al principio, se refiere a lo ocurrido con el Dr. Gutierrez en la época en que se estableció la primera vía férrea en Cuba, a la mitad de la pasada centuria próximamente. Hasta ayer se conocía con el nombre de ferro-carril de Villanueva, que llevó la estación de la Habana en recuerdo del Sr. Pinillos, primer Conde de Villanueva, que fue de los iniciadores del fomento industrial y agrícola de la colonia. Este tomó entonces grandes proporciones, sino tan gigantescas, parecidas aunque en menos escala a las que tienen hoy los centrales azucareros que cuestan millonadas, aprontadas por los extranjeros, con peligro del porvenir de la República. Un miembro de una de las familias más distinguidas del país, por su posición social, la de los Alfonso y Madan, clientes del Dr. Gutierrez, se presentó a éste con unas cien acciones de a mil pesos, si mal no recuerdo, para que las comprase. El insigne médico quedó poco menos que anonadado y manifestó que sus recursos no le permitían esa erogación. El cliente no se alarmó por eso, y le dijo: Ya las he pagado, ahí se las dejo; de un modo u otro lo arreglaremos.

Como existía la fiebre de alza de valores que hoy se advierte también en los negocios, no pasaron quince días sin que las acciones hubieran más que quintuplicado su valor, y ya no eran para el Dr. Gutierrez, ageno a los negocios, ningún peligro, sino una segura ganancia que le había proporcionado el cliente. Esto le permitió robustecer su capital por entero a la fundación de la Academia que lo ha inmortalizado.

He de añadir a los anteriores datos otro que consigno en la modesta obra que he escrito y que edita la Academia y no se ha terminado de publicar, aunque está impreso el primer tomo, por las huelgas bien conocidas de los tipógrafos. Me refiero a la pérdida de la vista que sufrió el insigne cirujano cuando se encontraba en pleno disfrute de sus facultades físicas e intelectuales. Un día que me consultó muy de mañana por ligera indisposición ocular, aproveché la oportunidad de interrogarle, acerca la enfermedad de los ojos que se decía había padecido y se había curado, con éste o el otro remedio popular. Ciertamente, me dijo, yo tuve la desgracia de verme ciego durante un corto período de tiempo y ocurrió de este modo, Volví una tarde, al anochecer, a mi casa y recuerdo que al entrar

en mi despacho con la luz encendida pude leer una carta del Sr. Intendente de Hacienda, cuya familia asistía, y en la que me pedía pasase a ver su señora que estaba indispuesta. Este detalle me hace recordar que hasta aquel momento yo disfrutaba de vista perfecta; pero más tarde, cuando pasé a ver a la enferma, junto a la cama de ésta, experimenté la primera perturbación de la vista, que advirtieron los que me rodeaban, pues guardé silencio ellos hablaban, porque mis ojos se nublaron instantáneamente y quedé ciego a modo pasajero.

Est o me impresionó bastante y cuando volví al lado de los niños, se me nubló de nuevo la vista y por segunda vez quedé ciego, de modo persistente. La alarma entre mis familiares y amigos fué inmensa y como ocurre, fueron llegando a mi lado no pocos médicos y entre ellos el Dr. Finlay, el primero de este ilustre apellido, de naturalidad inglesa, uno de los primeros que practicaron en las enfermedades de los ojos en Cuba, quien me atendió y consoló. Poco después llegó otro médico, cuyo nombre no expreso aunque lo recuerdo, como no transcribí en otra ocasión el del médico a quien se le ocurrió, siendo rico, por su matrimonio, regidor del Ayuntamiento para agremiar al cuerpo médico, por primera vez, como a los comerciantes, y ponerles una contribución que nunca tuvo, y que se eleva en algunos a más de dos mil pesos anuales, de que le tengo los recibos, que no me permiten mentir. El segundo médico que visitó al D. Gutierrez, al perder la vista, era francés, el que le fundó la primera Casa de Salud. El francés se distinguió casi siempre por su cortesía y fino trato, pero esta vez se condujo de un modo incalificable ante el colega afectado de la vista. Ya veo, le dijo sin más rodeos que ha quedado usted ciego y que tiene la desgracia de verse atacado de una gota serena, de la que no le cura nunca. El Dr. Gutierrez no esperaba tal manifestación desconsoladora y sobre todo en boca de un médico, y se afectó de tal modo que fué víctima de un vahído La familia, con tal motivo, prohibió todo género de visitas y tras unos días de honda angustia empezó a recobrar la vista hasta verse curado.

En la época que enfermó no se había descubierto el oftalmos- copió y por tanto no se le examinó el fondo de los ojos para saber cual fué la causa de la pérdida de su vista. Por mi parte yo no me atreví a realizar el examen del fondo del ojo para ver si la afectación que tuvo había dejado huellas, por temor de alarmarle; pero al, ver que llevaba cristales cóncavos de alta graduación, deduje que

siempre habría sido miope y que su enfermedad obedeció a una hemorragia del cuerpo o de la retina, frecuentes en los miopes, y de la que tuvo la suerte de curar, para su satisfacción, y en bien de la humanidad que utilizaba sus servicios.

En los últimos años de su vida, reveló Gutierrez su amor por la ciencia del modo sencillo y enternecedor que he referido mil veces, y no me cansaré de reproducir mientras tenga oportunidad de hacerlo.

Se celebró en enero de 1890, el primer Congreso Médico Regional Cubano que su patriotismo apreció sin duda, como la cimiente del árbol majestuoso que constituye hoy la institución de los Congresos Médicos Nacionales, ya periódicamente asegura los.

Desde la primera sesión no faltó el venerable maestro a ocupar el puesto de honor que se le designó, en la mesa y se veía en su rostro ultrajado por el tiempo, con gran pena de los que le admirábamos, la animación que le producía nuestro progreso, estereotipado en el certamen que se desenvolvía. En una de las sesiones, le vi abandonar su puesto y dirigirse a la calle, le salí al engentro y me pareció que sufría, vi que le corrían lágrimas por aquellas sus mejillas venerables. Al punto le interrogué. ¿Sufre usted doctor? Imaginé fueran sus males los que le obligaban a retirarse.

No me siento enfermo, me dijo; pero me marchó. ¿Y por' qué, mi querido maestro? Porque me falta el oído y no puedo hacerme cargo de la labor del Congreso. Sentí una pena profundísima, al oír sus palabras y el tiempo transcurrido de entonces acá, que río es corto no ha podido borrar el recuerdo de aquel suceso, revelador evidente del amor a la ciencia y del patriotismo inmenso de aquel hombre, cargado de años y por consiguiente de achaques, que se consideraba obligado todavía a hacer más de lo mucho que había hecho por el progreso de su país. Reflexioné entonces como ahora lo que valen estos seres para el sostenimiento y avance de los conocimientos humanos en las naciones, pues mientras tantos sobrados de vigor huyen de laborar y de hacer el bien en la menor cantidad posible, los hombres como Gutierrez se sentían obligados a ser útiles ya agotados por el tiempo y el trabajo y el egregio fundador de la Academia derramó lágrimas porque la falta del oído no le permitía alternar en el Congreso, siendo así que había aprovechado ventajosamente su juventud y edad madura en el anfiteatro sobre el cadáver, en el Hospital junto a la cama del enfermo, en la Universidad, desde la cátedra, en la prensa médica fundó el primer

periódico de medicina para dar el ejemplo en todo lo bueno y elevado.

Perdonadme os haya entretenido más tiempo del que debiera para no abusar de vuestra benevolencia; pero dignaos disculparme si os hacéis cargo de lo obligado que estamos a tributar constante homenaje al hombre que nos ha dado el ejemplo y al que procuramos imitar en el seno de esta Academia por él creada, manteniendo encendido siempre el fuego sagrado que nos comunicó al dejar de existir.

Su memoria no se extinguirá jamás y en cada uno de nosotros tendrá un altar en nuestro pecho y nuestro cerebro le consagrará sus mejores ideas.

